

# La última clase.\*

## Mentalidades y creencias en el Bajo Imperio romano

**Urbano Espinosa Ruiz**

Mi última lección versa sobre las principales mutaciones en el plano de las creencias y de las ideas vividas desde el siglo III por amplias capas sociales del Imperio romano. Es un tema complejo, con enorme pluralidad de escenarios y planos de estudio, más aún en una realidad tan altamente polimorfa y dispar como mostraban los diversos sistemas y subsistemas sociales del Imperio romano. Aquí atenderemos solamente a algunas de las coordenadas más nucleares, tal como corresponde al nivel de Grado universitario. Se observará que, si bien el mundo rural no queda del todo ausente, la mayor parte de las dinámicas que describimos se desarrollan en los medios urbanos y fueron impulsadas por élites instruidas en unos casos, o por cualquier agente de liderazgo social o religioso, en otros.

En clases anteriores se habían expuesto los cambios en lo político y económico sufridos por el Imperio romano a partir de finales del siglo II, sobre todo desde la llamada crisis del siglo III, y faltaba contemplar la temática mencionada; si en aquellos órdenes hubo mutaciones profundas, lógico es pensar que también se produjeron en los idearios y mentalidades. Indagaremos, pues, en las angustias existenciales del momento y en las propuestas formuladas frente a ellas. No se trata de cuestiones menores, pues lo que se fue instaurando en el periodo estudiado tuvo consecuencias enormes para la configuración de los valores de la Europa medieval.

---

\*. El 17 de mayo de 2016 tuvo lugar en la Universidad de La Rioja esta última lección y con ella cerraba una dedicación a la docencia universitaria iniciada en la Universidad Complutense en noviembre de 1978. El tema corresponde a la asignatura *Historia de la Antigüedad II (Historia de Roma)* del Grado en Geografía e Historia. Lección magistral disponible en <http://goo.gl/F1ZBNp>.

## 1. Consenso y desafección

Creemos que los cambios en el orden de la economía y de la vida política actuaron como marco posibilitador o estimulador de los cambios en la ideología y la cultura. Por ello, repasemos de modo muy breve ese horizonte-marco para mejor comprender los factores de causalidad que pudieron determinar las novedades que hoy estudiamos.

Los dos primeros siglos del Imperio romano se caracterizan, entre otros aspectos, por la estabilidad de un estado que nunca dejó de ser autoritario y, sorprendentemente también, por el alto grado de aceptación y consenso que recibió por parte de los gobernados. Y es que, frente al modelo colonizador de estado que caracterizó a la República, el de la monarquía imperial tuvo como principal misión lograr, por decirlo de una manera global, la descolonización interior. Esto es, se arbitraron políticas de integración de los provinciales de manera que al final todos formaran una sola comunidad política basada en la posesión de la ciudadanía, al fin reconocida universal el año 212 bajo Caracala.

Fueron enormes las consecuencias de ese proceso de descolonización, sobre todo la eclosión de la civilización urbana en amplísimas regiones del Imperio. Hablamos del periodo conocido como la Paz romana, que posibilitó una enorme activación de las fuentes de riqueza, un reparto significativo de los beneficios del sistema que, a diferentes escalas, alcanzó a importantes segmentos provinciales. Subsistía la pobreza y las desigualdades sociales extremas, pero el hambre y la miseria quedaron excluidas al menos en los medios urbanos. Los beneficios que para la mayoría de los provinciales otorgaba el sistema imperial eran superiores a las cargas que imponía. De ahí esos altos niveles de consenso hacia el orden político y hacia el sistema social en general. El estado no se planteaba como fin propio llevar a la uniformidad la enorme pluralidad de realidades que acogía; no era intervencionista en las formas de pensamiento o de creencias.

El individuo se sintió eficazmente tutelado como miembro del cuerpo cívico por las instituciones de la ciudad y del estado. La maquinaria administrativa a ambos niveles fue eficiente y el orden que dirige se consideraba armónico con el de los dioses del panteón clásico, a través de cuya providencia los magistrados y agentes públicos proveen de soluciones, de seguridades, de marcos adecuados que permiten a los privados el logro de sus objetivos particulares, cualesquiera que estos sean. Tales sentimientos

se fueron generalizando durante los dos primeros siglos de la era a lo largo y ancho de los territorios. Por tanto, gran cohesión entre el orden social y el sistema de poder, base de la estabilidad antes mencionada.

Desde la segunda mitad del siglo II empezaron a hacerse visibles la insuficiencias del sistema, apareciendo desequilibrios en distintas estructuras básicas que resultaban difícilmente subsanables. Muchos de los problemas graves del siglo III se detectan ya como síntomas en el anterior. La llamada crisis del siglo III fue decisiva, pero no debe concebirse como bloque de sucesos puntuales desconectados del acontecer precedente, sino como un periodo de aceleración en los ritmos de cambio.

Ya se ha visto en clases anteriores la secuencia de hechos traumáticos y de cambios sustanciales sufridos por el Imperio romano durante la centuria citada, desde la inestabilidad política y guerras civiles, hasta la inseguridad y ruptura de las fronteras, pasando por los enormes desequilibrios que se generaron en el orden social y económico; no los reiteraremos. Ciertamente, no todo fue completamente negativo, pero en todo caso aquel *ordo rerum* de la Paz romana, con más beneficios que cargas para amplios sectores, había invertido su balance. La vida de la mayoría de la población era ahora más dura, el valor del trabajo se había devaluado con la moneda, la tutela de las instituciones públicas había perdido su anterior eficacia, el evergetismo ya no redistribuía una parte de la riqueza privada, las desigualdades en la posesión de ésta habían devenido extremas y la miseria y el hambre eran endémicas en amplias capas de la población. El poder público ya no podía garantizar la seguridad exterior ni interior, su política coercitiva, la carestía de la vida, etc. tuvieron consecuencias en el clima social. En el Alto Imperio funcionaban ciertos mecanismos de promoción de los individuos; en el Bajo Imperio se tiende a fijarlos al oficio y a la tierra y se agravan aún más las distancias entre ricos y pobres. Las cargas del estado aplastaban la actividad económica y la rarificación de la producción epigráfica era todo un signo de ello. Incluso ahora las élites locales intentan escapar de los puestos de gobierno de sus ciudades, antes tan abiertamente codiciados.

Entre numerosos sectores sociales quebró la confianza en el orden político. Se imponía la búsqueda de soluciones personales, la identificación con el grupo ya no sería ante todo y en primer lugar la comunidad cívica en su conjunto, sino cualquiera otra a partir de la vecindad, del trabajo, del ideario o de la religión. Pervivieron entre las élites los ideales del helenismo tardío, ciertamente, pero junto a ellos fueron ganando terreno numerosas

corrientes esotéricas, astrológicas, el hermetismo, la gnosis, el neoplatonismo o las religiones orientales. Ello traería consigo el declinar del espíritu racionalista clásico en beneficio de una religiosidad tensa, basada en dioses de salvación individual. Se fueron consolidando corrientes de sincretismo que tendían hacia una deidad universal, al tiempo que se asistía a una simplificación general de conceptos y de ideas religiosas para hacerlas accesibles a las capas inferiores.

Todo ello no era algo nuevo en el siglo III, sino que ya eran tendencias claramente reconocibles al menos desde el siglo II. Durante esta última centuria llama la atención el contraste entre la brillante vida material de las principales ciudades y las inquietudes religiosas de los contemporáneos. Algo así como si la religión tradicional, en especial la de mayor significación cívica, tal como la habían fijado las reformas de Augusto, mostraran un flanco de insuficiencia. Es el caso de la evolución del culto imperial. Desde la segunda mitad del siglo II la mayoría de sus manifestaciones ya no provienen de particulares, sino de magistrados, decuriones, colegios, ciudades; la espontaneidad parece menos evidente en relación con las etapas anteriores. Se trata de un desafecto progresivo, pues ya en el siglo III resulta claro que el culto imperial, con sus aspectos políticos, sus sacerdocios oficiales y sus consignas imperativas, no podía ofrecer materia para una vida religiosa personal. Para sostenerse socialmente, la noción sacralizada del soberano tiende a fundirse con otras corrientes de abstracción y monoteísmo, como el Sol Invicto; pero actuaban en su contra las enormes dificultades de los tiempos y la insuficiencia de los poderes públicos para amparar con eficacia a las poblaciones. Los espíritus más inquietos se lanzaban a buscar referencias espirituales más plenas.

No obstante, subsistió una lealtad básica que no excluía sinceras convicciones hacia las instituciones y sus cultos, pero tampoco impedía a los espíritus dirigirse hacia otras formas de religión más personal y viva. Se tendía a buscar soluciones emocionales, a cultivar nuevas creencias o idearios ante las crecientes necesidades y ante la miseria descuidada por los gobiernos y por los ricos.

## 2. Pensamiento y vida religiosa

Las principales innovaciones en el ámbito de las ideas y de las creencias, que marcan el periodo considerado, se proyectaban a todos los territorios del Imperio romano desde su parte oriental, un área caracterizada por la densa circulación de inquietudes intelectuales y religiosas desde siglos atrás. Diversos sistemas se hallaban en vigor: en el ámbito del pensamiento, un helenismo en pleno renacimiento durante los siglos II y III; y en lo religioso, convivía el tradicional politeísmo grecorromano con un amplísimo y multiforme conjunto de dioses y cultos que reconocemos genéricamente como religiones orientales o místicas.

En esos tiempos de angustia las gentes tenían a su disposición un amplio repertorio de soluciones. Todas presuponían pesimismo respecto a las posibilidades de cambio social o político; en realidad se desconectan de él y, por tanto, se acepta como natural el estado general de cosas. De hecho, nunca existió en el Imperio romano una corriente que propusiera una revolución política frente a la pobreza, a la desigualdad o a la exclusión. El fatalismo dominó casi todos los espacios sociales, porque las múltiples recetas prometían superar la dolorosa realidad mediante expectativas trascendentes.

La unidad estatal de Roma posibilitaba todo tipo de intercambios. Las actividades mercantiles, militares o administrativas multiplicaron los contactos directos de personas entre el Oriente y el Occidente del Imperio; ello se tradujo en mezclas, en procesos de sincretismo en cualquier dirección; eran claros en el siglo II y se desarrollan plenamente en el siguiente. El pensamiento y el politeísmo grecorromano ofrecían amplias posibilidades para la adaptación a nuevas corrientes: tolerancia, receptividad, adaptación, cambio teológico; lo había mostrado desde hacía tiempo. De hecho, en ese mundo unificado el helenismo siguió actuando como interfaz, como conector entre sistemas filosóficos y religiosos distintos, tal como ya había actuado desde el final de la República romana.

En el siglo III la filosofía y la religión tienden a converger. Los pensadores no cristianos desarrollan soluciones desde la herencia clásica y helenística, pero haciendo que la filosofía fuera cada vez más moralista, más religión y menos conocimiento científico; a la vez, diversos sistemas religiosos, entre ellos el cristiano, tienden a fundamentar sus construcciones teológicas mediante el recurso a ideas y valores de la cultura helénica. La recepción de nuevos credos por parte de las capas instruidas reclamaba una exégesis

desde los valores del helenismo. Tampoco en esto hablamos de un fenómeno nuevo de los siglos III y IV.

### **3. Propuestas desde la filosofía**

En esta época los filósofos desempeñan un papel misionero entre los grandes y entre los humildes; proponían un estilo de vida que llevaba al encuentro del ser humano consigo mismo; también readaptaron sistemas anteriores de pensamiento para mejor responder a las necesidades de los contemporáneos. Por ejemplo, se acentuó la tendencia entre las diferentes escuelas a reconocer un principio unitario, superior e independiente, del que emanaría toda realidad inmaterial y material. Apuntamos un esquema de las principales corrientes.

#### *Neoplatonismo*

Plotino (204-270) fue su más conocido representante, pero también destacaron Porfirio y Yámblico. El neoplatonismo partía de la división platónica de la realidad en mundo sensible y mundo inteligible o de las ideas. Mientras la imperfección y el cambio caracterizan al primero, la perfección e inmutabilidad caracterizan al segundo; ubicadas las ideas más allá del tiempo y del espacio, se asciende a ellas desde lo sensible mediante la razón, mediante la filosofía. Ya en ese mundo, se llega a contemplar la Idea de Bien, una entidad absoluta, universal, independiente.

Los neoplatónicos dieron a todo esto un enfoque espiritualista influenciados por especulaciones religiosas. Se aproximaron al monoteísmo por la idea del Uno, infinito y trascendente, de donde deriva el Pensamiento y el Alma y de aquí la materia, la realidad sensible. Por emanación descendente surge lo múltiple; por movimiento ascendente de abstracción se alcanza la unión con el Uno, lo absoluto; todo debe retornar a él. Es una posición a la vez intelectual y mística. La materia es la imperfección, el hombre debe evitar el autoengaño de los objetos y de los sentidos. Debe negar todo objeto o mediación, incluido el propio yo, y darse a una contemplación más mística que filosófica. El neoplatonismo inspiraría a los adversarios del cristianismo en la lucha durante los siglos III y IV por la hegemonía religiosa.

### ***Estoicismo***

El estoicismo también proponía un movimiento ascendente del ser humano mediante la razón. Existe una razón divina y providente (logos), inmutable y universal, que gobierna la Naturaleza y dirige el destino de las cosas y de los hombres; de ese logos participa la razón individual. A través del control y dominio de las pasiones logramos la imbricación de la segunda razón en la primera, lo que lleva al control sobre los propios impulsos y pasiones (*apatheia*).

### ***Gnosticismo***

Podríamos definirlo en líneas generales como un movimiento de misticismo oriental, en realidad muy plural y caótico. Existió un gnosticismo pagano, el originario y universal, y junto a él hubo también otro cristiano; este terminaría siendo marginado como rama heterodoxa. El gnosticismo proponía un proceso de autoconocimiento, que nos eleva de la materia y permite acceder al conocimiento del espíritu. Los gnósticos se consideran perfectos, viven las Ideas en estado puro y, a la vez, consideran groseras las formas populares de religión. El conocimiento introspectivo de lo divino es superior a la fe, pues los hombres se salvan mediante la gnosis, una mística de la salvación a la que pocos acceden (iniciación en los Misterios). La perfección de Dios no pudo hacer un mundo imperfecto y creó una deidad inferior que lo hizo: es el dios del Antiguo Testamento. De ahí que Cristo no se considerara divino por estar mezclado con materia contaminadora.

### ***Epicureísmo***

Los epicúreos se apartaban del dualismo básico de los sistemas anteriores, porque para ellos materia y espíritu están formados igualmente por átomos. Su dualidad es felicidad-infelicidad, placer-dolor. La regla fundamental consiste en administrar con inteligencia el placer-dolor: a veces hay que rechazar placeres a los que siguen sufrimientos mayores y aceptar dolores cuando siguen placeres mayores. El epicureísmo propone llegar por la razón a la ataraxia (imperturbabilidad), vivir en calma. Ningún temor al destino, a la muerte, a los dioses; estos existen, pero no se pueden relacionar con el hombre, ni para ayudar ni para castigar.

#### 4. Propuestas desde la religión

Se tendía a una noción unitaria de lo divino, a veces panteísta y a veces monoteísta, como resultado de una intensa preocupación por hallar los fundamentos de la vida moral. Por ejemplo, Séneca y Epícteto hablaban de la divinidad con una convicción y emoción nuevas; Dios es padre de los hombres, su voluntad debe aceptarse de todo corazón y su gloria exaltarse. Para Marco Aurelio la oración no era el medio de obtener ventajas terrenas, sino un esfuerzo de gratitud y adoración.

Amplias capas de la población siguieron vinculadas a los dioses del panteón clásico. No obstante, el perfil teológico de muchos de ellos se fue adaptando a las nuevas corrientes, sobre todo al monoteísmo. Se tendía a pensar en una idea universal de dios, aunque adoptara formas y nombres plurales, lo cual hizo avanzar el sincretismo tal como las escuelas filosóficas reagrupaban a sus seguidores en torno a una abstracción superior. Los cultos grecolatinos siguieron vivos, especialmente entre las capas urbanas más acomodadas conectadas con las instituciones. También el culto a los emperadores intentaba coronar en el siglo III el edificio religioso asociándose con la idea de dios supremo y con el Sol Invicto, intentando sacar provecho político de la tendencia general. Si el Sol en el cielo es centro y unidad (amo supremo en lo divino) así ocurre también en la tierra con el Emperador. Y es que la religión del Sol fue considerada durante el siglo III por muchas gentes como adecuada para dar unidad a las distintas corrientes espirituales, sea cual fuere la interpretación que se dé al gran astro: materialista, espiritualista o alegórica.

A la altura del siglo III ganó gran vigor la astrología, apoyada en la creencia de que los astros son dioses cuyo curso determina el destino de cada cual. La astrología contribuyó a revitalizar antiguos dioses del politeísmo asimilados a los astros, pero favoreció la corriente monoteísta por la solidaridad de los astros con la potencia vivificadora del Sol, base de la vida. Por otro lado era muy habitual entre numerosos sectores sociales el recurso a prácticas de adivinación, magia y superstición.

La gnosis y el hermetismo proponían un conocimiento menos intelectual que el de los filósofos y más pseudocientífico, revelado, misticista, fundamentado en los llamados Oráculos Caldeos y en la revelación de Hermes Trimegisto. Hubo una Gnosis cristiana que fundía elementos diversos como el platonismo (ascensión del alma), el dualismo iranio del bien y del



mal (maniqueísmo) o sirio-egipcio (el Salvador resucitado) y el judaísmo apocalíptico.

Se extendió la creencia en los demonios como seres intermedios a los astros y a la tierra: el neoplatonismo les reserva un amplio espacio y también el cristianismo, que ve demonios en las divinidades que combate. En las provincias orientales penetró el maniqueísmo, traído del mundo sasánida por Mani (217-276), pero cuyos orígenes son gnósticos más que iraníes. Varios textos han permitido conocer su doctrina de la lucha entre el Bien y el Mal, de la Luz contra las Tinieblas. Tras Buda, Zoroastro y Jesús, Mani sería el último de los grandes profetas antes de Mahoma. Su religión, impregnada de fuertes dosis de ascetismo, tendría gran influencia en el cristianismo.

Las religiones orientales o místicas se extendieron por el Imperio y en muchos casos llegaron a rebasar sus fronteras. Daban repuesta al innato deseo humano de inmortalidad a través de la unión con un dios más personal y directo, un dios de salvación; resolvían las angustias más profundas de la fragilidad humana, sin distinción étnica o social y sin que reclamaran cierto nivel ilustrado. Fueron la esperanza de los humildes y analfabetos, lo cual explica su inmenso éxito, pero también alcanzaron a las capas superiores. El proceso salvífico se tenía que llevar a cabo mediante la integración en la comunidad de fieles iniciados en los misterios del dios. El fiel a los cultos místicos es un creyente apasionado, catequizado por sacerdotes, si es que no caía bajo la influencia de magos, adivinos, astrólogos, oráculos y hacedores de milagros.

El culto a las divinidades místicas progresó enormemente hacia el Occidente del Imperio. Aquí se recibieron con intensidad diversa. La Galia fue poco permeable, con persistencia de la religión clásica y de las divinidades célticas, salvo en la Narbonense y el Valle del Ródano. En la Hispania mediterránea y meridional los cultos orientales llegaron a alcanzar cierto arraigo (en fecha algo más tardía), mientras que en el interior y en el arco noroccidental se mantuvo una larga vigencia de los cultos prerromanos junto a los propiamente romanos. En África el panorama fue más complejo, pues ahí los dioses romanos se superponían a las influencias púnicas y helenísticas; solo Isis tuvo muchos fieles. En las provincias renano-danubianas el ejército fue el principal introductor de cultos místicos, especialmente el de Mitra.

El conjunto de cultos místicos se fundamentaba sobre dos planos conceptuales o simbólicos de fondo: un plano biológico de renacimiento naturalista y ciclos vegetales (Démeter, Diónisos, Cibele-Attis, Isis-Serapis) y

un ciclo cósmico basado en la revolución astral (Mitra, dios supremo de la luz solar y de la Verdad, Sol Invicto-Helios). En ambos planos ese morir y resucitar de la deidad opera como eficaz promesa de inmortalidad para el fiel iniciado en sus misterios. En los territorios orientales del Imperio romano se hallaba muy arraigada tal concepción, y el cristianismo integró las dos esferas de abstracción mediante un natural proceso de sincretismo. El ciclo biológico-naturalista determinó el calendario cristiano cuando se ubicó en primavera la muerte y resurrección de Cristo, mientras que el ciclo astral con el triunfo del Sol Invicto en el solsticio de invierno, hizo que se ubicara ahí la natividad de Cristo y definió a éste como dios de luz-vida.

El cristianismo es un hecho de cultura construido históricamente; por eso fue natural que en él entraran, vía sincretismo o asimilación, múltiples elementos del entorno. El pensamiento cristiano fue modelándose con el tiempo para mejor difundir sus particularidades judaicas y su núcleo místico de muerte-resurrección; para ello se echó mano de la herencia cultural helénica y del magma religioso del Próximo Oriente. Valga como muestra un ejemplo, la notable proximidad entre neoplatonismo y cristianismo. Por arriba coinciden en que un principio absoluto liga a todas las cosas, pues de él emanan; nada puede ser sin ese principio. Pero en el neoplatonismo no se ve la causalidad del principio como creación, como libre acto de Dios, tal como reclama la tradición bíblica. En el plano inferior, ambos consideran imperfecto o grosero el cuerpo, la realidad sensible, las pasiones, y de ahí la justificación del ascetismo. La extensión del ascetismo en la sociedad del siglo III y siguientes terminó por anular ciertos valores clásicos, pues de la libertad de espíritu por el dominio del cuerpo se pasó a la liberación del alma mediante la represión de los sentidos. Se partía de la negación neoplatónica para reconocer el deseo y suprimirlo, logrando así la elevación hasta la perfección del Uno-Dios. La ascesis, por tanto, tuvo un origen precristiano. Solo el epicureísmo fue refractario al sincretismo con otros sistemas religiosos o de pensamiento, debido a su propuesta de materialismo básico que anulaba el dualismo materia-espíritu y proclamaba la impotencia de los dioses para intervenir en la vida humana.

## 5. El avance del cristianismo

En ese contexto de convivencia, a veces de conflicto y casi siempre de mezcla y sincretismo, el culto a Cristo fue evolucionando de una religión de minorías a una religión de masas. No es objeto de esta lección, por imposible, aportar siquiera un esquema básico de esa evolución, solo algunos hitos relevantes.

En el siglo II el cristianismo es una religión minoritaria apoyada por niveles medios e inferiores de la sociedad, a la que los apologetas intentan elevar de rango a los ojos de las autoridades y de las élites cultivadas. Su mayor implantación se detecta en el Oriente del Imperio y en Roma-Italia. En la centuria siguiente penetró en los medios cultivados, incluso en círculos oficiales, y resistió algunas breves represiones, pero en general vive decenios de tranquilidad. A finales del siglo III los cristianos son numerosos, principalmente en Oriente, bien organizados en iglesias presididas por obispos, con un buen armazón espiritual y muchas de ellas con patrimonio y bienes considerables. Una expansión notable se produjo entre el año 260 (fin de la represión de Valeriano) y el reino de Diocleciano, que fue tolerante hasta el año 302.

Desde el punto de vista sociológico, el cristianismo partía de una religión de gentes humildes, pero ha progresado entre todas las clases sociales. Desde Cómodo comienzan a detectarse seguidores en gentes de la corte, entre ecuestres y senadores, en el ejército y en la administración. Su posición es difícil, a veces por las exigencias de los sacrificios oficiales y del culto imperial. Hacia finales del siglo III resulta posible dibujar una geografía de la implantación cristiana. El Oriente está mucho más cristianizado que el Occidente. Los grandes focos son Egipto, Siria-Palestina, proximidades del Éufrates (Dura) y Asia Menor. Es débil la presencia en Europa central y en las provincias danubianas, donde la vida urbana está menos implantada. Italia y Roma parecen significativamente cristianizadas (un sínodo de los años 250-251 agrupa a 60 obispos). La Galia va retrasada, salvo en la banda mediterránea y en el Ródano. En Hispania se conocen ya algunas comunidades en medios urbanos durante la segunda mitad del siglo III y el concilio de Elvira, a principios del siglo IV, registra 28 obispos de un total de 33. El norte de África tiene mayor desarrollo con 87 obispos en época de Cipriano de Cartago (concilio de los años 256-257).

Desde finales del siglo III y principios del IV el cristianismo es una religión de masas dirigida por una organización eficiente de clérigos que tienden a la unidad jerárquica, aunque todavía en un marco de disputas y querellas doctrinales enormemente duro y complejo. En ese proceso solo recordaremos aquí dos hitos. El primero es el denominado Edicto de Milán del año 313 que reconocía al cristianismo como religión lícita, obligaba a devolver a las iglesias los bienes confiscados durante la última represión y permitía, como a cualquier religión, la construcción de templos y la acumulación de patrimonios. A partir de ese momento, durante el siglo IV, el cristianismo creció significativamente, fue dominando amplios círculos de las capas superiores mientras sus diversas corrientes (nicenos, arrianos, etc.) competían con éxito alternativo por la asociación con el poder imperial.

El segundo hito se produjo el año 380; una de esas corrientes, la niceana, ganó posición definitiva de poder cuando Graciano, Valentiniano II y Teodosio promulgaron el llamado Edicto de Tesalónica, por el cual el cristianismo niceno fue declarado religión oficial y única del estado romano. A partir de ese momento y durante el siglo V una catarata de disposiciones fue imponiendo todo tipo de acciones penales y confiscatorias a los cultos no cristianos y a las iglesias cristianas consideradas heréticas. Se destruyeron libros y registros, se persiguió, encausó o ajustició a muchos, se desmontaron templos, se cerraron escuelas de cultura clásica y se controló la educación, se anularon centros religiosos y sus patrimonios fueron transferidos a las iglesias oficiales. Convertido el cristianismo en perseguidor, su represión fue generalizada y permanente, en nada comparable a aquella de la que había sido víctima en ocasiones. La intervención del brazo armado del estado fue decisiva para la implantación cristiana en todos los territorios del Imperio; a partir del año 380 solo fue cuestión de tiempo. Se ponía fin a la multiseccular separación entre creencia privada y práctica pública, iniciándose el camino hacia aquel estado de cosas característico de la Europa tardoantigua y medieval que designamos con el nombre de Cristiandad.